

La trilogía llevada al francés

Bibard, a quien veremos en la mesa inaugural del Foro Sabato, es el responsable de haber traducido al francés las tres obras clave de ficción de Sabato. Aquí cuenta cómo conoció al autor de *El túnel* y su paso por nuestro país cuando era agregado cultural de la embajada francesa en Buenos Aires.

Por **Michel Bibard**

Traducción: **Trad. Públ. Alide Drienisienia**

Ernesto Sabato fue para mí una guía iniciática que me permitió abordar lo mejor posible el universo porteño y argentino. De hecho, un amigo, apenas se enteró de mi nombramiento como agregado cultural en Buenos Aires, me hizo leer *Sobre héroes y tumbas*.

Mi mujer y yo hemos tenido el honor y el gran placer de compartir con Ernesto y Matilde algunos momentos privilegiados, robados al bullicio de las ceremonias, cócteles y demás mundanidades a las que estaba obligado por su fama y compromiso. Sin embargo, donde más cómodo se sentía era en la intimidad de las reuniones más informales.

Muy pronto supe de su fobia a las traducciones, debida a su obsesión por la necesidad vital de hacerse entender correctamente. Como tenía acceso a muchos idiomas, podía controlarlas y entonces sufría las «traducciones-traiciones». Prefería no ser conocido en el exterior antes que ser mal «interpretado». Podía hablar con humor de las traducciones al español de un autor ruso, pero me confesó su dolor por no tener ninguna pauta, ninguna referencia con respecto a la traducción de sus obras a idiomas exóticos, como por ejemplo, el japonés.

Con respecto a lo que escribió sobre la traducción, me había hecho jurar, tanto por intimidación como por amistad, que nunca lo tradujera, a pesar de una buena experiencia que yo había tenido con un texto de Octavio Paz cuando estuve en México. Sin tener la crueldad dirigida de Borges (en *La Opinión* del 17/9/74: «El idioma francés es, según creo yo, más bien feo. Las cosas tienden a parecer triviales cuando se dicen en francés»), la condena de Sabato a la traducción es radical. (En «Acerca de la imposibilidad de traducir», en

Heterodoxia: «No hay traducciones sino una teratológica multitud de inmigrantes [...] cuya manera [...] de hablar imita grotescamente la manera del país que los recibió. [...] Trasladar un texto literario a otro idioma es empresa tan melancólicamente ineficaz como [imaginar] poder traerse los viejos fantasmas de un castillo escocés reconstruyendo el castillo en Wisconsin. [...], las traducciones literarias son una temblorosa tentativa de interpretar un mensaje de signos equívocos mediante otro conjunto de signos equívocos».

Pero de regreso a París en 1975, recibí un mensaje suyo, angustiado, en el que me confiaba su desconcierto: el traductor de *Abaddón el exterminador* no había vivido nunca en la Argentina. Me pidió que relejera la traducción, y, efectivamente, en medio de un muy buen texto, me encontré con algunas comicidades «culturales», como la traducción literal de «media luna» o de «pileta». Tranquilizado por mi intervención, ha debido convencer a su editor francés, quien poco tiempo después me encomendó la tarea de realizar una nueva traducción, más satisfactoria para el autor y los lectores, de *El túnel*; desafío tanto más temible cuanto que la larga estancia en París del físico Ernesto Sabato le permitía dominar perfectamente el francés.

Cuando vino a París a celebrar la salida del libro, me reencontré con él en un taxi, lleno de timidez y de preocupación: no decía una sola palabra de mi trabajo. Finalmente, se decidió: «Me dijeron que en francés estaba muy correcto». Le agradecí: «¡Usted nunca le hizo semejante cumplido a un traductor!». Un tiempo después, mientras que el éxito de *El túnel* me había llevado a traducir *Moriencia*, de Roa Bastos, recibí este cumplido ambiguo de Ernesto Sabato, expresado con una pizca de irritación: «Solamente se traduce bien (!) a un

único autor». Luego, para un texto sobre los hijos de desaparecidos, apelaría a mis «cualidades literarias».

Un día, en casa, en París, hablaba de lo que las ciencias tenían de tranquilizadoras para él. Le hice leer la invocación de los cantos de Maldoror: «¡Oh, matemáticas severas...!», que él reprodujo en *Antes del fin*.

Antes del fin, tuve el honor y la emoción de traducir este magnífico testimonio-testamento de uno de los espíritus más lúcidos, profundos y valientes del siglo XX.

Nota bene: Borges, en el mismo número de *La Opinión*, en la página XXII, dice también: «Hasta que aparecí en francés [gracias a N. Ibarra y R. Callois], yo era prácticamente invisible». ■



Michel Bibard

Estudió en la Universidad de la Sorbona y obtuvo una *Agrégation de lettres classiques*. Es profesor de Francés, Latín y Griego Antiguo. Dio clases en México y en Marruecos. Fue agregado cultural de la embajada francesa en Buenos Aires (1971-1974) y consejero en La Habana (1987-1991). Además de Sabato, tradujo obras de Octavio Paz, José Revueltas, Fernando del Paso, Augusto Roa Bastos, Zoé Valdés, Fernando Vallejo, Jorge Luis Borges.